

**PADRE JOSEPH WRESINSKI**

**VIVIR  
EL EVANGELIO  
EN LA  
FAMILIA**

**EDICIONES CUARTO MUNDO**



*Los Cuadernos de Baillet publican los textos del padre Joseph Wrésinski, así como ensayos sobre su vida y su pensamiento que tratan de dar diversos puntos de vista sobre su pensamiento.*



**I. LA FAMILIA  
ESCUELA DE RENUNCIA..... 6**

**La pregunta secular sobre la pobreza.**

1. ¿Hacia dónde dirigir el punto de mira para comprender nuestra misión? ..... 7
2. La familia de Jesús..... 10
3. María y José, unos padres que renuncian..... 15
4. El lavado de pies; renuncia esencial..... 18
5. La familia, escuela de amor y libertad .... 21

**II. LA FAMILIA,  
CAMINO DE EVANGELIZACIÓN.. 26  
Las familias más pobres, mensajeras de Jesucristo**

6. La familia de Jesús, misionera .... 28
7. La familia que desea que el hijo sea más grande.... 33
8. La familia de Jesús, garantía de salvación .... 36
9. Dejarlo todo para evangelizar a los más pobres.... 37
10. La familia, garantía de herencia 40

## I. LA FAMILIA ESCUELA DE RENUNCIA

### **La pregunta secular sobre la pobreza.**

Todos los niños del mundo son pobres. ¿Por qué afirmar esto de entrada? Efectivamente, todos los niños del mundo son pobres por cuanto están limitados por su dependencia total de los adultos y del medio. Su búsqueda y descubrimiento del afecto, de alegría, la paz, la luz y la belleza, ¿no dependen acaso de que los que les rodean les hagan partícipes o no de ello?

Pero ya lo sabemos, a lo largo de todo el mundo hay niños que jamás conocerán la suerte de descubrir nuestra Tierra, ni a los hombres que la construyen y la transforman. Hay niños cuyos padres y allegados, parece que no tienen nada que compartir porque les cuesta demasiado trabajo sobrevivir. Estos niños son los niños de la miseria.

De esta manera nos enfrentamos de lleno a dos categorías de niños. También a dos tipos de pobreza: la que nace de la dependencia y la que nace de la miseria. La primera es una pobreza que se sufre durante cierto período de tiempo, hasta que el hombre es capaz de crecer y labrarse un futuro. La segunda es una pobreza que destruye e impide al hombre engrandecerse, tener esperanza y creer en el porvenir.

Al hablar de la pobreza, debemos tener muy en cuenta esta diferencia, que ha suscitado y suscita aún hoy muchas reflexiones y debates. Los lleva planteando desde la creación de la Iglesia. El ejemplo más patente es el de las

Bienaventuranzas. En efecto, leemos en Lucas: "Bienaventurados los pobres." La exclamación acaba aquí. En cambio, Mateo dirá: "Bienaventurados los pobres de espíritu." Así, en Mateo podemos darle a la pobreza un sentido espiritual y de libre elección. El sentirse pobre bajo la influencia del Espíritu Santo le permite a cualquier hombre, aun siendo rico, sentirse aludido por las Bienaventuranzas. Le concierne en la medida en que aprende a desprenderse de los bienes terrenales sean cuales sean.

Hoy quisiera hacer resurgir este debate con ustedes. Quisiera hacerlo revivir porque sé que les duelen en el alma las injusticias de este mundo, por el hecho de que haya millones y millones de familias que viven cada día en la miseria; familias condenadas a invertir todas sus energías en la lucha por sobrevivir; familias a las que se desprecia, degradadas por el hambre, la ignorancia y la exclusión que padecen. Sé que pensar en todo esto les quita la paz.

Sé que están dispuestos a responder a vuestra vocación cristiana, reconociendo: "Todo hombre es mi hermano, por y en Jesucristo." También sé que quieren hacer posible que sus hijos crezcan en el mismo espíritu de respeto al prójimo pobre que les transmitieron sus padres.

### **1. ¿Hacia dónde dirigir el punto de mira para comprender nuestra misión?**

Pero entonces ¿Cómo cambiar esta situación,? me preguntarán. Es la primera pregunta que nos viene a la mente y, sé que les inquieta

profundamente. Porque en efecto, ven con sinceridad el estado del mundo, el estado de nuestra sociedad, el estado de nuestras parroquias, de nuestras familias. Son conscientes que, a pesar de todos los ideales sobre los que han madurado, la injusticia siempre está presente, Saben que una parte de la población permanece excluida y sufre terriblemente y esto ocurre incluso en nuestras parroquias, en nuestros barrios, nuestros pueblos, nuestras ciudades, nuestros países.

A menudo, sin darse cuenta, permanecen indiferentes ante estas situaciones. Pero basta con que se produzca una desgracia, o un período de mucho frío, que muera una persona en la calle, o que se emita un programa sobre el hambre en Sahel para que vuelva a nuestra memoria la vida de las familias, para que se nos haga presente el sufrimiento de los más pobres.

Así, el pasado mes de enero les impresionó conocer la historia de aquella pareja que dada su extrema pobreza, intentaba "dar" a su hijo incluso antes de nacer. Querían asegurarle un porvenir.

Ante tales sufrimientos estarán de acuerdo conmigo que no podemos decir que todos seamos pobres, todos limitados, que todos hayamos sufrido. Aunque también, ante un tal abandono de los más pobres, ¿cómo responder a las preguntas de nuestros hijos? ¿Cómo enfrentarnos a la lucha de los adolescentes de nuestras familias que, en nombre de la justicia, rechazan el integrarse en nuestras parroquias porque los más pobres no son bien recibidos allí? A los más jóvenes les enseñamos que los más pobres son hermanos de Cristo y

los preferidos de Dios. Pero, ¿qué hacemos para demostrárselo? Todo esto nos preocupa. Nos preguntamos cómo mejorar, de qué otra manera actuar. Para comprender nuestra misión, para hacernos cargo de nuestras responsabilidades, volvamos la mirada hacia la familia de Jesús. Esta familia, que es la del Hijo de Dios, la familia modelo de todas las demás. En efecto, a través de ella, Jesús nos ha enseñado lo que es y lo que debería ser realmente una familia que no deja de remitirse a los más pobres de su tiempo, una familia misionera.

Al implicar a su familia, no podemos negar que Dios haya elegido para su Hijo el camino de la miseria con el fin de salvar a toda la humanidad. Nacido y muerto fuera de la ciudadanía, conoce por experiencia lo que son la miseria y la exclusión. La tentación del desierto vuelve a confirmar que, incluso para el mismo Cristo, se trataba de una elección y no de una simple coincidencia de circunstancias. En el momento de la tentación, eligió libremente la figura del Padre. Sabía, en efecto, que al asumir la condición de los más pobres, podría salvar a todos los hombres, sin dejar a ninguno de lado. Sabía que, al asumir la condición de los más miserables, les permitiría afirmar a partir de entonces sin dudas de ninguna clase : "Cristo ha venido también para mí."

Una vez descubierta la familia de Jesús, podremos pasar a preguntarnos por nuestras responsabilidades como creyentes, como hombres y mujeres creyentes de este mundo. Una vez descubierta la familia de Jesús, podremos ver más claramente lo que podemos hacer para erradicar

definitivamente la miseria. Descubramos pues juntos la familia de Jesús. Veamos de qué familia se trata.

## **2. La familia de Jesús**

La familia de Jesús es una familia común, una sencilla familia del pueblo. Jesús nació allí como nacen todos los niños del mundo. Allí creció, como crecen todos los niños del mundo. Así pues, Jesús dejó las puertas abiertas con su nacimiento, su niñez y su adolescencia. No ha llegado al mundo siendo ya adulto, como lo esperaban en Israel, sino, como lo dice Lucas por dos veces: "creció en talla, en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres."

En cuanto a sus padres, al igual que todos los padres, han tenido que construir su hogar como pareja. Tampoco han llegado a la historia de la humanidad de forma repentina. Han tenido infancia y adolescencia. Únicamente la intervención del ángel logró cambiar sus vidas, romper el orden cotidiano e introducirles en un conflicto.

José aceptó a María a pesar de su embarazo, porque la amaba profundamente. En este sentido, la familia de Jesús se nos presenta particularmente única en su pobreza.

Aunque, ¿no sería única por otras razones también? Si la estudiamos de cerca, nos damos cuenta que desde el principio se encontraba desarraigada, era una familia de ninguna parte, procedente de una aldea de Galilea de la que

resulta difícil comprobar la existencia en aquella época.

En efecto, José, hijo de David, no tiene su lugar en Belén aun siendo el país de sus antepasados. Nadie le espera allí, no es bien recibido. Como está de más, se ve obligado a quedarse fuera con su mujer embarazada. El único refugio que le puede ofrecer es una cueva que le sitúa, así como a María, entre los excluidos del país.

Era una cueva que por aquel entonces servía de refugio a los pastores. Seguramente, y sobre todo, para los que estaban sin trabajo en invierno y no poseían más que algunas ovejas. Sin duda servía además de refugio a otros pobres, bandoleros y personas fuera de la ley. Probablemente se refugiaban allí los zelotes, que se oponían a la dominación romana. Lucas nos habla de todos los auditores que se maravillaban ante lo que los pastores decían del niño, al haber venido al mundo Jesús de aquel modo, apartado de la ciudad, allí donde se encontraban los excluidos. Esta es la razón por la que me imagino la cueva repleta de gente que, como María y José, estaban sin techo.

Jesús nació en pleno corazón de la miseria. A pesar de su indigencia, y seguramente también gracias a ella, este niño y sus padres se vuelven el centro de atención. Porque cuando un niño nace en medio de tanta pobreza, siempre provoca gestos de solidaridad, de ternura. Esto lo he comprobado a través de todo el mundo. Lo he visto en Nueva York, en el apartamento de una familia que no tenía dinero para alimentarse a sí

misma y que, sin embargo, aceptaba dar refugio a todo el que se lo pedía. En esa casa no había diferencias de clases ni de razas. Y la madre repetía: "No puedo dejarles ahí fuera".

Entonces un día, una joven madre que salía del hospital vino a refugiarse a su casa con su bebe recién nacido. Esta madre huía de los asistentes sociales que querían quitarle a su hijo. Ocurrió que, como en Belén, todo el entorno se movilizó a su alrededor. Otra familia pobre le dio una cuna. Los niños fueron de puerta en puerta pidiendo leche y ropas. Cuando los asistentes sociales descubrieron a la mamá y al bebé en el apartamento, la familia y los demás salieron en su defensa. Dijeron señalando hacia la cuna: "Mirad, hemos pensado en todo, incluso tiene una cama para él solo."

¿No es así como ocurrieron las cosas en Belén? Probablemente, al ver a María, a José y al niño, la gente correría a buscar leche y comida para la madre. Pensarían: "No puede quedarse así." De esta manera, Jesús, frágil y dependiente como todos los recién nacidos, pero aún más desamparado por causa de la renuncia de sus padres, provoca el amor en los que le rodean.

Los pastores, acostumbrados a vivir en la marginación y a ser tratados de cavernarios y frustrados, jamás, ni por un momento, pensaron que el Mesías nacería entre los suyos; ante la presencia de un bebé tumbado en un pesebre se dan cuenta que ese niño está marcado por Dios, que ese niño les ha sido entregado a ellos, hombres de la miseria y del sufrimiento; les es dado a ellos, hombres obligados a luchar para

poder vivir, obligados a veces a robar. A ellos, esos pastores a los que nunca se ha dado oportunidad de defenderse en un juicio, considerados impuros. Les ha sido entregado a ellos, esos judíos a los que se juzga indignos de aprender la Thora. Pero hay más; aquellos pastores, aquellos sospechosos. aquellos ignorantes, descubren en ese niño la gloria de Dios, captan y comprenden el plan de salvación de Dios. Adivinan que estoy pensando en aquellos Magos, encantados por la ciencia y la comprensión del universo, deseosos de que el mundo cambie. Pienso en aquellos Magos siempre atentos a cualquier indicio, que en un momento dado observan una estrella en el cielo. Se dan cuenta que ésta les anuncia una realidad nueva y entonces se pone en marcha. Podríamos pensar que fueron muchos los que vieron la estrella en la época, pero los Magos son los únicos que se decidieron a actuar, a dejar su país, su seguridad y, al aceptar esta renuncia, se vuelven capaces de encontrar una respuesta a su espera. Ellos también ven al niño, a María y a José en un perfecto estado de renuncia y, sin embargo, se arrodillan ante Él.

Más adelante, en el Templo, María y José vivirán de nuevo la renuncia. El Templo, para los judíos, es el lugar donde demuestran su Fe. El Templo es para ellos el trono de Dios, el símbolo de su presencia real. Por eso, los padres deben ofrecer a su primogénito en el Templo. Para redimir a su hijo, los Padres deben volverlo a comprar por el valor de dos palomas. María y José no pueden ofrecer más, ¡qué manifestación de la humildad de Dios, cuyo único Hijo no vale más que dos palomas y, más adelante, treinta denarios!

Ya de adulto, Jesús rechazará esta explotación que los curas, los sabios y los ricos llevan a cabo en el nombre de Dios Padre. La base de su crítica al Templo y de los que tienen el poder religioso residirá en el hecho de impedir el acercamiento del pueblo y sobre todo de los más pobres al Señor. Echará por tierra los puestos de los vendedores, echará a los mercaderes. Jesús rechazará todos los sacrificios de sangre reservados a los ricos, que eran considerados como el único medio de obtener el perdón de Dios. Y es que para ÉL, el perdón de Dios no puede ser exclusivo de los hombres que se pueden permitir comprar un buey o un cordero. No, Dios no se deja comprar. Dios se da a todo el mundo, y en primer lugar a los más desamparados, a los más hambrientos y sedientos, a los más preparados para recibirle. Por eso ÉL acepta devolver a su Hijo a cambio de dos palomas, una ofrenda de pobres.

Todavía en el Templo, Simón, el desposeído, que no espera otra cosa que la venida del Señor, enseguida se da cuenta del sentido que tiene la salvación al tomar en sus brazos a ese niño pobre. Además, profetiza todo el alboroto y el rechazo que provocará el niño cuando sea adulto. Vislumbra también la muerte de muchos de ellos, porque la llegada de Jesús no tendrá impacto únicamente en el ámbito religioso. Influirá también en todos los dominios de la vida política y social. Bien lo presiente Herodes, hombre violento en posesión del poder. Odia instintivamente a este niño y está dispuesto a asesinarle, ya que sabe que Jesús, el hijo de la miseria, pone en peligro todo su poder.

Sin duda alguna, al nacer las esperanzas de los excluidos, este recién nacido despierta las rivalidades y las angustias de los que tienen mucho que perder. Despierta las rivalidades y angustias de los que jamás han aprendido a desprenderse de las cosas, a arrodillarse ante nadie. ¡Qué angustia tendrán desde ahora los poderosos! ¡Qué intranquilidad tendrán al saber que un niño, sencillamente por su propia existencia, hace nacer nuevas ideas, es causa de debates, de cambios en los corazones, y por consiguiente de renuncia.

### **3. María y José, unos padres que renuncian**

¿No es este aprendizaje de la pobreza el que hacemos en todas las familias cuando nos aceptamos los unos a los otros con nuestro corazón, nuestras personalidades, nuestras aspiraciones? También Jesús realiza y vive este aprendizaje en carne propia. Aprende a renunciar cuando su padre y su madre deben refugiarse en Egipto. Lo aprende en Galilea, en el pueblo de Nazaret, creciendo en gracia y en sabiduría bajo la mirada de sus padres y de la vecindad.

Galilea no era un tranquilo paraíso. De esta provincia salían muchos zelotes, personas que se rebelaban contra la dominación de los romanos y contra la colaboración de Herodes con los paganos. En Galilea nacerá también un movimiento popular de bautistas, los nazarenos, opuestos al movimiento de los fariseos, que poco a poco se estaba volviendo demasiado duro. José y María debían sentirse cercanos a este movimiento bautista. Y es que ya éste llamaba a la

conversión, al bautismo de purificación tanto del judío como del samaritano, o del soldado pagano. Si Jesús se hace bautizar por Juan y, a su vez Él bautiza, es para marcar las distancias con respecto a las prácticas del Templo, para mostrar su determinación de adorar al Padre en espíritu y en verdad, con el riesgo de perderlo todo.

Pero volvamos a la familia de Jesús y a su entorno. Es este entorno, en efecto, el que permitirá comprender quién era esta familia.

Jesús ha conocido a los personajes de sus parábolas. La mujer pobre que busca, por todos los rincones de la casa, el dracma perdido y que estalla de júbilo cuando lo encuentra, ¿no es ella una de esas mujeres pobres que su madre frecuentaba en Nazaret? El pastor que deja a sus 99 ovejas para ir a buscar a la única que se ha perdido recuerda a los pastores que Él mismo conoció. El pobre Lázaro, la viuda que insiste e increpa al juez inicuo para conseguir lo que le debe su explotador, son personas de su entorno. A la pobre viuda que entrega dos monedas como ofrenda al Templo, Él la conoce. Por eso puede afirmar que "ella ha dado más que los demás, porque da de lo que le es necesario, de lo único que tiene para vivir."

Él frecuentó todos estos personajes durante su infancia y su adolescencia, porque sus padres los frecuentaban. Vio con sus propios ojos a esos jornaleros que, día tras día, esperaban un trabajo en la viña. Vio con sus propios ojos su desesperación cuando, llegada la undécima hora, aún estaban esperando. Conoció a padres que salían de noche sin ser vistos, para pedir pan en

casa de algún amigo y así poder alimentar a sus hijos. Conoce a ese vecino que acaba dando, más porque está harto de decir no, que por bondad. Este es el entorno de la familia de Jesús, personas pobres que le educaron progresivamente para su misión.

En esta Galilea de tierras fértiles, de viñas abundantes, la explotación del pueblo por parte de los grandes propietarios hacía la vida insoportable. Ahí es donde Jesús aprenderá que los grandes explotan a los pequeños y que, los pequeños a su vez explotan a los más débiles. Lo recordará en la parábola del servidor. De ese servidor que, a pesar de la generosidad de su amo, hará encarcelar a todo aquél que le deba una suma ínfima.

Jesús vivió todos estos hechos muy de cerca. Los sufrió en carne propia. A través de ellos aprendió de los hombres y del mundo. Aprendió que si tomaba partido por este pueblo del que procedía, por los más pobres de entre los pobres, se debía sacrificar por entero. Comprendió por propia experiencia que era la única manera de no dejarse embaucar por aquellos que tienen la inteligencia y el poder. A través de la vida junto a sus padres, aprendió que esa era la condición si no quería dejar abandonado a ningún hombre por muy pobre que fuera, si quería salvar a todos los hombres.

El estar pendiente de los demás, el derretirse de piedad por su pueblo sin pastor que le guíe, todo eso Jesús lo aprendió de María y de José. Es evidente, incluso si el evangelio se mantiene discreto con respecto a sus vidas. La

intervención de María en Caná es un ejemplo impactante acerca de la sensibilidad de la madre de Jesús. De ella y de José aprendió que no se le da una piedra a alguien que pide un trozo de pan, ni una serpiente al que pide un pez, ni un escorpión en vez de un huevo.

Al vivir en una familia muy pobre y a fuerza de renuncia, Jesús se volvió sensible al sufrimiento ajeno, a la enfermedad, a la invalidez, al hambre y al desprecio. Su madre "llevaba todas esas cosas en el corazón," conocía su misión. Sabía que debía forjar el corazón de Jesús para que pudiese ofrecérselo al mundo, como todos nosotros debemos forjar el corazón de nuestros hijos a fin que el día de mañana, sean esperanza para el mundo.

A través de los gestos cotidianos de sus padres, Jesús aprende y madura su misión. Como ha crecido en una familia modesta, sabe lo que es renunciar a las cosas, ser servicial con los demás, compartir. Al lado de sus padres, que por amor son capaces de renunciar a muchas cosas, aprende a amar a su pueblo, tan desamparado y a los más pobres de su pueblo. El repartir su amor con los demás será un objetivo tan primordial que renunciará a su propia familia por ello.

#### **4. El lavado de pies; renuncia esencial**

Marcos nos lo recuerda. Nos dice que en un momento dado, su madre tuvo miedo e intentó retenerle. "Pero, ¿quién es mi madre? ¿quiénes son mis hermanos?," respondió Jesús. "El que hace la voluntad de mi padre." "Quien ama a su padre, a su esposa más que a mí, no es digno de

mí..." Arriesgarlo todo, dejarlo todo como lo hicieron María y José, situarse al final de la fila para que los demás adquieran la libertad, para que el pueblo entero se salve, será su modo de vida.

Jesús demuestra estar al servicio de los demás lavándoles los pies a sus apóstoles. Los apóstoles son su nueva familia: "a partir de ahora no son mis servidores, son mis amigos, pues les he enseñado todo lo que yo aprendí de mi Padre..."

Jesús ha construido esta nueva familia paso a paso, llamando a los apóstoles uno a uno. El resultado es una familia creada a imagen de la suya para que lleve la bendición por donde vaya como lo hizo la suya. A la hora de vivir con ella un momento importante, un momento de temor, de desamparo, de abandono, un momento en que cada uno necesitaba de los demás para no flaquear, para no dejar de crecer y de amar a pesar de todo, Jesús hizo lo que había aprendido de su madre y de José, hizo prueba de renuncia, tomó un jarro de agua, un paño, se arrodilló ante cada uno de sus discípulos y se puso a lavarles los pies.

En el momento de lavarles los pies, Jesús está sirviendo, como sus padres le sirvieron a Él, le formaron para que fuese el hombre que es ahora. Se despoja, como lo hicieron también sus padres para construirle el futuro. Pedro se niega a que le sirva: "¿por qué haces esto? tu no puedes lavarme los pies, no es posible." Y Jesús le respondió: "Si no te puedo lavar los pies, entonces no tienes nada que ver conmigo." "¿por qué?" "porque si no te purificas, no serás capaz de amar." A través del lavado de pies, Jesús recuerda

el perdón, que es indispensable para el amor. Recuerda que hay que saber renunciar, lo cual significa olvidar las injusticias que se reciben, todo el mal padecido.

El que Jesús les lavara los pies significa, más que un acto de sumisión, un acto de reconciliación. Toda la familia vive en reconciliación, a través de pequeños detalles en atención a los demás. Así aprendemos a expresarnos con el corazón y hacemos saber a los demás que tienen su sitio en nuestra vida, en nuestro afecto.

Resulta imposible avanzar en el amor sin ese perdón, sin esa reconciliación, sin esa purificación. Al principio de cada misa, al principio de cada Eucaristía se renueva el gesto de Jesús de lavarles los pies a los apóstoles. Se renuevan en el momento de pedir perdón a Dios por nuestros pecados. También se renueva en el perdón que compartimos los unos con los otros.

El lavado de pies no es más que la anunciación material de ese amor del que Cristo nos dará la imagen perfecta. Cuando Jesús le dice a Pedro: "Si no te puedo lavar los pies, entonces no tienes nada que ver conmigo," le estaba diciendo: "si no puedes aceptar mi amistad, ¿cómo vas a aceptar que muera por tí, que te salvarás a través de mi muerte?"

Era necesario ese gesto de amor, que a la vez reconcilia y purifica, que a la vez honra y pone al mismo nivel a todos los hombres, para que los apóstoles comprendieran, más adelante, que todo es cuestión de amor. Era necesario ese gesto de amor para que los apóstoles supieran,

que a partir de entonces, deberían renunciar a todo para encontrarse con los demás en la pobreza, la humildad y la verdad, con el fin de salvarles. Al lavar los pies, Jesús nos da una lección: "Vosotros me llamáis Maestro y Señor y tenéis razón, lo soy. Si yo, el Maestro, el Señor, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros."

La Iglesia debe vivir en ese estado de pobreza, de humildad y de libertad permanente, ya que es portadora del mensaje vivo de Jesús. Y la familia, base de su mensaje, también ha de vivir lo que tiene que vivir la Iglesia.

## **5. La familia, escuela de amor y libertad**

La familia es, en efecto, el primer lugar donde se nos inculca el amor, es el lugar donde se vive el deseo de amar, el deseo de formar personas, hombres y mujeres, capaces de amar a su vez.

A menudo creemos que, para ser útiles a nuestros hermanos, tenemos que salir más allá de nuestras fronteras alejándonos de nuestras propias familias. A menudo pensamos que el compromiso es ante todo comprometerse con el "atrio" de los gentiles. Sin embargo, Cristo nos dice otra cosa a través de su vida.

Cristo nos recuerda que el compromiso comienza por las personas que nos rodean, por nuestra propia comunidad, nuestra parroquia, nuestro barrio. Nos recuerda que sólo somos cristianos en la medida en que, ante todo y sobre todo, vamos en su busca a través de los más

pobres de nuestra parroquia, de nuestro vecindario, de nuestra propia familia. Y gracias a esta experiencia cotidiana de amor, de reconciliación, de sumisión, la familia y la Iglesia llevarán el mensaje de salvación a través del mundo.

Cuando realmente se demuestra ser capaz de renunciar es amando en primer lugar a los que tenemos más cerca. Sólo amando a los seres que nos rodean podemos evitar convertirnos en individualistas, en idealistas, en egoístas, en orgullosos; sólo así podemos evitar que no nos tomen en serio.

Siempre me ha llamado la atención que el simple hecho de lavar los pies a los apóstoles nos transporte al interior de nosotros mismos, de nuestras familias, de nuestras parroquias y nuestros barrios. A través de este gesto comprendí que proyectarse hacia el exterior y, al hacerlo, olvidarse de los más cercanos no es tomar el camino adecuado. Para nosotros, los cristianos, la Iglesia es y debe ser la primera comunidad a la que hay que respetar, la primera comunidad a la que hay que amar.

A menudo se le reprocha a la Iglesia el hecho de estar demasiado encerrada en sí misma, de no ser lo suficientemente social o política, de no ser lo suficientemente solidaria. Pero, ¿qué le estamos pidiendo con eso a la Iglesia de Jesucristo? ¿no va mucho más allá la esperanza depositada por Cristo en su Iglesia?

¿No es cierto que la pregunta que deberíamos plantearnos a nosotros mismos y a la

Iglesia es cómo llegar a los más pobres para amarles? ¿cómo reunirnos con Jesucristo a través de los pobres de nuestro tiempo para amar al Salvador?

Si le planteásemos las preguntas adecuadas a la Iglesia, crecería su interés por transformar lo social, lo político, lo solidario en favor de los pobres. Ahí está la verdadera tarea, la labor específica de la Iglesia. Nuestro cuestionario debe inspirarle ansia, impaciencia, amor a los pobres. Si no, nuestras preguntas no le servirán de nada.

La Iglesia lo transformará todo en amor cuando ame a los pobres. Son las propias familias pobres las que nos indican el camino para llegar a amarlas. Así, tenemos a aquella mujer pobre y analfabeta de Londres que le decía a una voluntaria que había hecho unas gestiones para su hija: "Antes de ir a ver a mi hija, ve a ver a tus amigos." No dijo, "tus compañeros de trabajo," ni "tus colaboradores," ni "tus colegas," dijo "tus amigos."

No nos damos cuenta de lo que los más pobres esperan de nosotros. Esperan que seamos portadores de esperanza, portadores de amor. Las familias del campamento de Noisy-Le-Grand nos hacían a menudo esta pregunta: "¿por qué hacéis esto?" y nosotros contestábamos: "Porque os queremos."

Ser portadores de esperanza es saber amar. Amar en primer lugar a los que se acercan a nosotros, aquellos con los que convivimos. Si en un principio no existe este amor, los

compromisos que tomemos no tienen sentido, sólo son un escape.

Nos corresponde a nosotros, los cristianos, desmitificar lo social, lo político, la solidaridad, darles una verdadera dimensión de amor. Es cierto que es indispensable estar al lado de los más pobres, pero también es necesario denunciar las injusticias en nuestros círculos sociales y políticos. Aunque, en calidad de cristianos, no podemos contentarnos con denunciar acusando. No, debemos denunciar las injusticias tratando de comprenderlas, de aceptarlas, cambiando nuestra propia manera de ser, de actuar, de decir, a fin que los demás accedan a hacer lo mismo que nosotros.

Si, la familia es y seguirá siendo el mejor lugar para aprender todo esto. Efectivamente, la familia obliga a cada miembro a mostrar su juicio continuamente. Nos lleva a vivir plenamente las cosas sencillas de la vida cotidiana. Nos empuja a abrirnos sin parar para que el otro pueda hacer crecer la esencia que lleva en su interior,

Aceptar al otro nos lleva a hacerle un sitio en nuestro corazón, en nuestro tiempo, en nuestra vida. Nuestros hermanos y hermanas, nuestros maridos, nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestros amigos, todos los que forman parte de la familia nos llevan a ello. ¡Es una escuela única! ¡Es verdaderamente irremplazable!

La familia y la Iglesia deben tener esa voluntad de construir comunidades y hogares donde brote el amor. Donde unos y otros se amen tanto que no busquen otra cosa que la felicidad

del otro, que deseen verlo plenamente "logrado." Esto lo conseguiremos en la medida en que miremos al mundo con mirada de pobre, en la medida en que tengamos gestos de pobre, gestos que hablen de la vida, gestos sencillos que animen a desprenderse.

A desprenderse del odio, la crítica, y los juicios predeterminados, que imposibilitan todo tipo de contacto. Gestos sencillos que permiten al otro encontrar su camino y amar a su vez. Ser crisol que va a permitir que el otro despegue, y que lo haga libremente, sin que la tierra prometida hacia la que tiene que ir le haya sido designado previamente.

Este es el desprendimiento último. El desprendimiento que proyecta al otro delante de uno, que requiere esa mirada de ternura que hace que el otro se sienta amado, respetado, proyectado. Que requiere esa mirada de amor que permite al otro comprometerse a su vez. ¡Qué bendición si el compromiso del otro se hace mío y se transforma por este hecho en un compromiso común! Esta es la evolución de la familia cristiana y también la de todos los hombres y todas las mujeres de buena voluntad que se entregan enteramente para la construcción de un mundo más humano. De un mundo en que todo hombre sea capaz de crear amor, de vivir el amor y de construir un mundo de amor.

Como verán, se trata de una preocupación que nos supera infinitamente, que engloba a toda la humanidad. Se trata de una coexistencia en el sentido más profundo, de una coexistencia con el otro, con los otros. De una coexistencia que haga

al otro continuamente presente a sí mismo. Que nos empuje a desear que el otro logre crear el amor a su vez y compartirlo.

Porque un gran amor no se guarda nunca para sí.

## II. LA FAMILIA, CAMINO DE EVANGELIZACIÓN

### **Las familias más pobres, mensajeras de Jesucristo**

La Navidad en casa de los Beauchamp ha sido un día como los demás, peor que los demás, quizás. No había absolutamente nada que marcara la fiesta, ni tan siquiera una comida que hiciera olvidar las desgracias por un instante y en el que todos hubieran comido hasta hartarse. Pero para los que estamos hoy aquí presentes, quizás esta Navidad arruinada en casa de los Beauchamp pueda ayudarnos a comprender el verdadero significado del nacimiento de Jesucristo, de este Jesús nacido entre los pobres para vivir y morir con el propósito de que todos los hombres vivan.

Más tarde, después de aquella noche de Navidad, le planteé la pregunta al señor Beauchamp. Bajó la cabeza y no contestó nada. Reflexionó, y me dijo en voz baja: "No teníamos de nada, era demasiado duro..." Después de un momento, continuó: "A lo mejor eso es la Navidad. A lo mejor era así la Navidad de Jesús." Entonces siguió hablando, y eso que jamás habla-

ba de Dios, nunca mostraba el más mínimo interés por la religión: "Es verdad que necesitamos que nos salven... Somos pobre gente." Es la revelación salida de un hombre apocado, mal vestido, y que tiene verdaderos problemas para expresarse. Esta revelación nos la hacen todos los más pobres si sabemos escucharles, mirarles con amor.

En la fuente de Jacob, Jesús se sentó, cansado por el largo viaje... y, a la Samaritana que le tendía el agua, le contestó: "Si conocieras el don de Dios y al que te dice: "Dame de beber," tu misma se la hubieras pedido y te habría dado agua de vida."

Cuando meditamos este encuentro y las palabras de Jesús, descubrimos el cambio fundamental de nuestras relaciones con los más pobres, cambio que nos es recomendado. Aquel que estaba en necesidad es, en realidad, el que puede entregarlo todo. Nosotros que pensábamos que teníamos cosas que dar, tenemos necesidad de recibir. Nuestra propia necesidad de ser salvados se convierte en el origen de compartir la fe en Jesucristo.

Evangelizar a los pobres, como es la misión que Cristo le dio a su Iglesia, se transforma en misión de dejarse evangelizar por ellos. Si nuestra vida se uniera a la de los más pobres, estos nos retransmitirían el Don de Dios.

Todas las familias, por muy aplastadas por la miseria que estén, son efectivamente portadoras de un mensaje único, el del Jesús miserable, Jesús hecho hombre de la miseria a

cualquier otra cosa, menos el pecado. La Iglesia nos lo recuerda sin parar: toda familia muy pobre tiene derecho a saber que es mensajera de Jesucristo.

A través de su presencia aquí, demuestran que ustedes mismos se plantean la pregunta: "¿cómo vivir en familia el mensaje de liberación de Cristo?" Me gustaría ampliar su pregunta añadiendo: "¿cómo volverse buscadores, detectores del mensaje que llevan las familias más pobres?"

## **6. La familia de Jesús, misionera**

El año pasado, Monseñor Houssiau, aquí en Erpent, nos recordaba que "la familia no es sólo una de las facetas de la Iglesia, sino también el punto desde el que ésta puede nacer." Es en la familia donde el niño aprende a creer, a tener esperanza, a desarrollar el amor en su corazón. Monseñor Houssiau nos recordaba que Dios confía en cada una de nuestras familias, que Él sabe que toda vida, por muy deshecha que esté, puede volver a ser bella a pesar de las flaquezas y los sufrimientos. Desde siempre la Iglesia ha sido testigo de todo esto. Presenta a la familia de Cristo como el modelo de la familia cristiana, y por ello de la familia misionera con la certeza de que toda familia está llamada a la misma misión.

Un proverbio alemán dice: "la manzana no cae lejos del tronco," para explicar el parecido de los niños con sus padres, para ilustrar el hecho de que caminan a menudo siguiendo los pasos de sus padres, que existe continuidad de una

generación a la siguiente. Lo mismo ocurrió con Jesús, que quiso ser uno de nosotros bajo todos los aspectos de la vida humana.

Pero como ya hemos señalado, la familia no se reduce tan solo a un hombre, una mujer y sus hijos. La familia pertenece a un medio, a una sociedad, y guarda con ellos una relación constante; une a ellos sus ideas, sus sentimientos, sus proyectos.

Así, cuando hablamos de Jesús, hacemos referencia implícita a su familia, a su medio y a su pueblo. La familia de Cristo estaba firmemente unida porque se sabía portadora de un mensaje que Dios le había confiado para su medio, para su pueblo, para los hombres.

María fue la primera en recibirlo durante la Anunciación,. En efecto, el ángel le dijo: "Tu hijo será grande,. le llamarán Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Reinará eternamente en la casa de Jacob. Por ello, el niño que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios."

Si José toma a María por esposa es porque sabe, con certeza divina, que ese niño que no es suyo, será el Salvador de su pueblo. Así pues la familia de Jesús se encuentra integrada por vocación en un pueblo, en la historia del pueblo de Dios.

Y, después de la familia de Jesús, toda familia es portadora de un mensaje de amor que ha de transmitir al mundo. Cada niño, ya sea rico o pobre, es portador de un mensaje de futuro.

Cada familia y cada niño tienen un significado sin precio para su ambiente y para toda la humanidad. Nuestra sociedad no siempre lo comprende, si se las arregla para que las mujeres que son demasiado pobres no tengan hijos.

El amor crece cuando se comparte. Es a través de la entrega como la familia se construye. Sólo enfrentándose a los problemas de su tiempo pudo María dar fe de que ese niño era realmente el Salvador. Ni siquiera le hablará a su prima del niño que espera, sino de la Salvación que, para ella, ya está presente en su pueblo: "El Todopoderoso ha hecho en mí maravillas... Ha dispersado los corazones llenos de pensamientos de orgullo... Ha empujado de su trono a los poderosos y levantado a los humillados. Ha llenado las arcas de los hambrientos y echado a los ricos con las manos vacías."

Hacer que se conociera el mensaje será a partir de ahora la misión de María y José. Dios les abrirá los ojos a los pastores. Reconocerán en este niño miserable, al que su madre envuelve en harapos, que la paz es posible de ahí en adelante para los hombres que la deseen, que incluso el cielo goza de felicidad.

Después hubo que hacer que los Magos de Oriente se hicieran eco del mensaje... María y José les explicarán su significado. Este niño es don de Dios. Todo niño es testimonio del amor humano. Pero el amor está siempre en peligro, cuando se repliega en sí mismo. El niño en la cuna es don, amor que Dios nos da. Portadores del mensaje, María y José irán al Templo para ofrecer su hijo a Dios. Simón, el viejo devoto y

Ana, la profeta, están frente a un niño pobre y, sus padres, no pueden ofrecer más que dos tórtolas. Dios les abre los ojos también a ellos, les da su propia mirada. Simón y Ana son gente de fe, de esperanza. Tienen confianza total en Dios. Gente en espera de un mundo mejor, no necesitan las palabras de María y José. Simón y Ana, ven y creen.

Cuando pienso en María, me acuerdo de Carole, aquella joven de Haití que, sin pronunciar palabra, me tiró del brazo hasta su pequeña cabaña, en un barrio de chabolas de Puerto Príncipe. Vivía allí con su madre, sus hermanas y hermanos. Quería enseñarme a su bebé recién nacido. Allí estaba, encima de la cama, vestido como un principito, mientras su madre no llevaba más que un vestido harapiento. Me preguntaba cómo lo habría hecho. Su rostro era una enorme sonrisa, era todo ternura, todo esperanza, como seguramente debió ser el rostro de María en el Templo, pobre pero feliz de ver a su hijo reconocido.

El secreto de la fe de Simón y Ana reside en el hecho de que María y José no tenían más que un niño pobre que presentar y que en realidad valía todo el oro, la sabiduría y el poder del mundo. Pero Simón y Ana no ignoraban lo cruel que es el mundo con los niños, sobre todo si se les reconoce como mensajeros de la Salvación. Simón presiente que este niño se va a encontrar con enormes dificultades si lleva a cabo la misión que Dios le ha asignado. Presiente que su pobreza será escándalo para aquellos que esperaban a un Mesías poderoso y glorioso. Simón presiente que será aplastado y que a María, su madre, esto le

desgarrará el corazón.

En los evangelios se mencionan poco los años oscuros de la vida de Jesús. ¿Es que la familia se quedó inactiva? ¡En absoluto! En Nazaret, María y José preparan a Jesús para su misión. Ellos mismos se involucran en la vida de su pueblo. José, el carpintero, es conocido en la región, seguramente por su profesión, pero también, porque según dice el evangelio, "era un hombre justo y un creyente comprometido."

Decíamos que "la manzana no cae lejos del árbol", es más, "árbol bueno da frutos buenos." Por esa razón, la vida de Jesús adulto nos permite descubrir la vida de sus padres. Nosotros reconocemos así lo que los evangelios nos dicen de manera discreta. Mateo nos dice que cuando José descubre que María está encinta, se niega a difamarla públicamente y decide repudiarla secretamente. Esa no era la costumbre judía frente a tal decepción y nos revela que José tenía ideas claras sobre la justicia, que para él, iba más allá de la práctica de la Ley. Su hijo adoptivo recordará la lección. Afirmará: "Yo no he venido a abolir la ley sino a cumplirla."

Es más, José, instruido por la palabra de Dios, tenía una opinión sobre su condición de pobre, sobre la situación del pueblo judío de Galilea, pueblo oprimido por los romanos y también por los judíos poderosos. Tenía su opinión sobre los fariseos y los que tenían el poder. Jesús adopta las ideas de José. Si Él se dirige contra los poderosos es porque ha vivido, con María y José, las distorsiones de las escrituras que sacudían su pueblo. De ellos y de su entorno

aprende sobre todo las contradicciones entre la conducta de las élites y las enseñanzas de las escrituras.

Podemos pensar con seguridad que los temas candentes alimentaban las oraciones de María y José. Los romanos, los fariseos, Herodes, los zelotes, empobrecían sistemáticamente al pueblo. Los usureros exprimían a los campesinos incapaces de pagar los intereses. La falta de protección de las mujeres, las viudas, los huérfanos, el orgullo de los del Templo frente a los hogares incapaces de pagar el diezmo conforme a los ritos... María y José se sentían íntimamente ligados a todas estas cuestiones. Ellos, que sabían que Jesús era el Salvador, llevaban esperanza, predicaban y practicaban la justicia, la fraternidad y la verdad.

Jesucristo llegará incluso a superar a su padre adoptivo pero, como todo padre, José adquiere una fortaleza de hombre y de padre a medida que su hijo crece. Él también debió crecer en sabiduría y justicia.

## **7. La familia que desea que el hijo sea más grande**

Como familia misionera, María y José pronto descubrirán que su hijo se debe a su misión. "¿No sabéis que tengo que ocuparme de los asuntos de mi Padre?" les dirá a los 12 años, cuando se asustaron por su desaparición. Él se pega a ellos, pero la Anunciación, la Encarnación, la Presentación, no tendrán sentido si no le ayudan a ir hasta el final, más allá de la familia, del vecindario, de la pequeña ciudad de Nazaret.

Si Él es el Mesías, será en el Templo donde todo se jugará, será en la casa de Dios donde Dios se manifestará.

¿Quiénes son entonces mi padre y mis hermanos? Los que se inclinan ante la voluntad de Dios, no de palabra solamente, ni declarando sus buenos sentimientos, sino comprometiéndose a que su reino venga.

Transmitir el mensaje, apoyar al hijo en su misión, acompañarle al corazón de la miseria, en medio de los pobres, de los estropeados, los miserables, de la gente de mal vivir, será el compromiso de María después de la partida de Jesús de Nazaret.

El evangelio nos dice que ella estaba a su lado, en el círculo de las mujeres que le acompañaban. Sin duda todo presagiaba que era hacia ese mundo que Jesús iría, que Él escogería a sus apóstoles entre los que no tenían títulos, ni galardones ni grados. Ellos serán los primeros escogidos de una línea innumerable de curas, de consagrados, de laicos comprometidos de los que sus padres dirán casi siempre: "Nuestro hijo, nuestra hija, son tan inteligentes, tan honrados y capaces... Nosotros hemos hecho sacrificios para que ellos tengan una buena situación y, ahí está, todo echado a perder..."

Una madre me decía un día: "mi hija voluntaria, en medio de ese canalla, padre, ¡usted no se da cuenta! O ella regresa conmigo o yo le denuncio a usted." Cuántas veces los padres me han acusado de alejar a sus hijos de un camino decente, de haberles llevado al corazón de la

miseria, al lado de familias desempleadas, sin luz, sin un lugar, al lado de niños desnutridos y analfabetos. "Ella es tan linda...! me decía una madre hablando de su hija, voluntaria de ATD, "se ha vuelto loca, está desperdiciando su vida."

Es fácil imaginar a la familia de Jesús comprometiéndose con su decisión de unirse al lumpen. José y María, ¿no se habrían dicho a veces: "ha perdido la razón, ¡qué manera de desperdiciarse"!

Pero, como nos dicen los evangelios, María sigue a Jesús. Siempre con el deseo de ayudarlo a llevar su mensaje al mundo. La primera ocasión en que lo haga será en una boda. Invitado con su madre y sus primeros compañeros a una fiesta la catástrofe que llega. Una fiesta de pobres, como es costumbre hoy como ayer, termina con la vergüenza de la familia que no tiene más vivo que ofrecer. Ella no tiene dinero para comprar más, en un país donde hay muchas viñas ¿cómo sacar del apuro a los amigos que le invitaron?

Empujada por Dios, María cuida a su hijo. Todo le viene a la memoria. La Anunciación, José, Belén, Herodes, Ana, Simón, los doctores estupefactos de que un niño de la miseria conozca tan bien las cosas de Dios... Todo le viene a la memoria y ella se compromete con Él: "Haced todo lo que Él diga, tened confianza," dirá a la familia. Jesús lo confirmará: "yo respondo a tu pedido porque Dios, mi padre, me ha invitado a eso, Él quiere ahora que su hijo se manifieste."

De ahí en adelante el camino de María

está trazado. Aunque el evangelio habla de los temores de la familia antes de la intervención de Caná, nosotros sabemos que María se siente pequeña, que se arriesga para que Él sea reconocido. Ella no lo podía hacer de otra manera a lo largo de la vida pública de Jesús. Será al pie de la cruz cuando confirmará con su presencia que el ángel no la había engañado. De pie, bajo la cruz, ella es testigo. Afirma que las palabras del ángel son verídicas: "Él será grande, Dios le dará el trono de David. Él reinará sobre la casa de David por los siglos de los siglos y su reino no tendrá fin." María afirmará también que la profecía de Isaías era cierta: "Él será despreciado, abandonado por los hombres, hombre de dolor, destruido."

## **8 La familia de Jesús, garantía de salvación**

María misionera, es María despojada, que acepta el escándalo que su corazón presagiaba después de lo de Belén. De ahí en adelante se crea una nueva maternidad para ella, hacia los apóstoles y hacia los hombres. Ella es la primera testigo irrefutable de la muerte y resurrección de su hijo.

Así, esta familia, Jesús, María y José, tal como lo será en adelante toda familia, es portadora de futuro, testigo de que Dios no abandona a su pueblo. Isabel, los pastores, los reyes magos, han estado encantados, Simón y Ana, los discípulos lo han dicho. El centurión al pie de la cruz proclama su fe, ¡el escándalo desborda por todos lados! y, para los que creen, para los que ven con los ojos de Dios, el escándalo es Dios mismo.

La misión de María y de José era demostrar que Jesús, contra toda evidencia, en su pobreza, su miseria, su desprenderse desde el pesebre hasta la cruz, era el Salvador. Contra toda evidencia, la pobreza, el amor y la esperanza se conjugaron. Por todo esto, podemos rezar a María: "Señora de los que nada tienen, Señora de los que nada son. Señora de los que nada pueden. Señora de todo el mundo, ¡ruega por nosotros."

### **9. Dejarlo todo para evangelizar a los más pobres**

Toda familia irradia, toda familia está llamada a llevar su mensaje más allá de su tiempo sobre la tierra. María, confiada a Juan, se convertirá en Madre de la Iglesia, quien, por sus cuidados y a través de los siglos se convertirá en la Iglesia de los pobres como lo decía el Concilio Vaticano II. La Iglesia se reencuentra con María y busca asemejarse a ella, como lo recuerda "Lumen gentium."

Pero parecerse a María quiere decir desprenderse, revivir cada día el Magnificat, glorificar a Dios, poner en su lugar a los orgullosos, restablecer la justicia para los más pobres, pues ellos son Jesús presente ante nosotros. Pero como María lo hace con su hijo a través de la Iglesia, debemos hacer de las familias más desarmadas nuestros compañeros privilegiados. La primera misión de toda familia cristiana, de toda familia, es velar para que los más pobres tengan los medios para asumir su misión de amor.

Una madre de familia que lucha desde hace bastante tiempo para que su familia siga unida, nos dice al comienzo de su biografía. " yo espero que todos los que han vivido lo que yo he vivido, vean este libro y comprendan que no son los únicos que han sufrido. Nosotros, seres humanos, tenemos necesidad de gente que tenga el coraje de creer en nosotros y darnos la posibilidad de asumir nuestras responsabilidades con nuestros hijos."

Si creemos en los más pobres, descubriremos como hay tanta fe, tanta esperanza y tanta caridad en sus vidas, que ellos aspiran a una vida espiritual. En ellos habita el Espíritu Santo, pero están privados de todos los medios de decírnoslo y decírselo a sí mismos, de probárnoslo y probárselo a sí mismos.

Por eso su fe, su esperanza, su caridad son maravillosas. Por eso la Iglesia debe buscar el evangelizarles lo más pronto posible.

Recuerdo a ese hombre destrozado a quien habían quitado sus hijos porque él los había descuidado. Formaba parte de un grupo de familias de Cuarto Mundo. Gracias a ese grupo. recuperó su dignidad. Se sentía responsable de otras familias de la miseria. Así, cada mañana, yendo a su trabajo, daba una pequeña vuelta e iba a despertar a los niños para que pudieran llegar a tiempo a la escuela. ¿Cómo no tener urgencia en revelar a este hombre que él está con Jesucristo?

La evangelización de los pobres es un deber de familia misionera porque los pobres tienen derecho a amar y ayudar a los que son más

pobres que ellos mismos. Es nuestro deber pero también nuestra suerte.

En reciprocidad, hay que dejarse evangelizar por los más pobres, aprender de ellos que la fe, la esperanza y la caridad no son experiencia pasajera. Evangelizar es comprometerse con ellos, en serio y por largo tiempo.

La extrema pobreza ocasiona la revuelta. ¿Cómo creer en Dios cuando nadie cree en tí? ¿Cómo vivir la historia de Dios cuando la existencia está deshecha, despedazada porque hay que sobrevivir día a día? ¿Cómo imaginar a Dios si nuestro horizonte se reduce a la chabola, a la calle, a la tienda y al bar de la esquina? Si es imposible hacer un proyecto familiar, social o religioso, ¿cómo interpretar los hechos y los actos de tu propia vida en términos de designio de Dios?

Una Iglesia que reconoce que su primera vocación es la preferencia a los más pobres no puede estar ausente en los barrios de miseria. Debe llevar la Fe, la Esperanza y la Caridad a los barrios abandonados, a las chabolas, a las zonas invadidas, allá donde el cuerpo de Cristo sufre más. Las familias más pobres esperan a Marías y Josés, a parejas mensajeras de la Buena Nueva. Esperan a familias dispuestas a dejarlo todo para ir a meterse en el corazón de las zonas de miseria, aún al precio del continuo desprendimiento.

"¿Qué quieres de mí?" decía la Sra. García a una voluntaria de ATD Cuarto Mundo. La Sra. García vive miserablemente con su familia en un barrio de Marsella. "¿Qué quieres?"

tú eres una chica bonita, tienes un padre, una madre, un hogar, una silla donde sentarte. Dime ¿qué quieres de mí?" La voluntaria no le respondió. Se quedó en silencio, conmovida. Entonces la Sra. García la tomó en sus brazos y la besó.

El compromiso de la Iglesia al lado de los desposeídos debe ser un compromiso de ese tipo. Inscribirse en la ternura pero también en la duración. Si no ¿cómo podría creer la Sra. García en la Iglesia cuando ella le dice en nombre de Cristo? "Yo te he escogido y te amo, ¿amas tú mi nombre.?"

Cuando repite las palabras de Jesús, la Iglesia no dice la verdad. Que si en nuestras familias Cristo está presente; que si Él es miembro de nuestras familias... Él no es un invitado a quien hablamos vagamente de tiempo en tiempo. Él es un amigo al que encontramos en nuestras oraciones antes de comer, al que encontramos por la mañana, entre adultos, en la liturgia de las horas y por la noche, durante la oración familiar. Él es un amigo a quien consultamos antes de tomar las grandes decisiones, sobre todo aquellas que pudieran tener consecuencias sobre los más pobres. Así debe ser en la escuela si uno es profesor, en el taller, en política, en nuestras asociaciones y sindicatos.

Y también en la Iglesia.

## **10. La familia, garantía de herencia**

Si unos deben dejarlo todo, los otros tienen que apoyarles en su compromiso. Com-

prometerse no es un asunto familiar. La Iglesia en su totalidad debe estar a la búsqueda de los más pobres, de las ovejas descarriadas. En consecuencia, su responsabilidad y la nuestra, deben ser apoyar a los que mandamos a tierra de miseria. La caridad hacia los hermanos que sufren se educa mutuamente, si no, es un fuego que no dura, que se apaga ante las decepciones, ante los fracasos. Abandonarles a ellos es peor que haber estado ausentes. Una falta en el compromiso no hace crecer al otro, sino que al contrario, aumenta más su miseria.

Vuestra familia es el terreno de experimentación de estas enseñanzas. Es ahí donde se decide la verdadera herencia que transmitiremos a nuestros hijos y a través de ellos al mundo, a los más pobres, a los que serán la Iglesia del mañana. ¿Qué herencia transmite usted a sus hijos y al mundo?

Quisiera compartir mi profunda convicción de que ustedes, las familias presentes, son la réplica de la familia de Jesús, de esa familia que se tomó el tiempo, día a día, de educar a su hijo en el amor hacia los más pobres. Ustedes son de hoy en adelante el terreno de experimentación del amor a los más pequeños. Ustedes son el lugar privilegiado donde asegurar esta herencia.

El primer paso será volverse hacia los más próximos a nosotros, camino en búsqueda de ser familias misioneras. ¡Qué suerte para las familias más pobres, si ustedes están listos para comprometerse ahí donde estén, si deciden construir con ellas una sociedad donde reine la justicia y la fraternidad! ¿Quién está más solo en

mi familia? ¿Quién es son los niños con quienes los otros no quieren jugar? ¿Cuáles son las familias de mi barrio que están mal vistas? ¿Cuáles son las familias de mi parroquia que no van jamás a la iglesia porque creen que es la Iglesia de los ricos?

¡Qué suerte para la Iglesia encontrarles, millares de familias cristianas en búsqueda de ser familias misioneras! ¡Qué suerte para las familias pobres si ustedes están listos para comprometerse ahí donde estén, si deciden construir con ellas una sociedad donde reine la justicia y la fraternidad!

Y donde Jesús pueda vivir entre nosotros.